

DESARROLLO SOCIAL, MUJERES Y ONG

Genoveva Ocampos

Para PROMUR - 10/III/1994

Hoy día, la problemática del desarrollo se ha vuelto bastante compleja. Ya no se puede hablar de desarrollo a secas como en la década del 50, cuando el énfasis estaba puesto en lo económico y la problemática social estaba ausente en el debate. El desarrollo va acompañado ahora de adjetivos, calificativos justamente cuando se hacen patentes y se asume como problema la ampliación de las brechas entre países y regiones así como, las desigualdades entre sectores sociales y entre sexos.

El desarrollo social, tema en boga actualmente, incorpora hoy al crecimiento económico y le exige que provea oportunidades para la mayoría de la gente. O sea que el desarrollo social, se reviste de una dimensión económica, pero también humana, ambiental y política. Entran ahora en juego variables claves y difíciles de compaginar como: los recursos naturales, la población, la seguridad alimentaria, la productividad, la salud, la educación y la participación ciudadana. Y es entonces cuando las mujeres entramos en escena.

Ahora bien, no se trata de un simple juego de palabras, crecimiento "sostenible con justicia social", "transformación productiva con equidad". En principio, la equidad no puede alcanzarse en ausencia de un crecimiento estable y sostenido, ya que no es posible redistribuir pobreza ni pensar a futuro si la tierra se degrada constantemente.

Además, todo crecimiento exige cierto grado de estabilidad política, y ésta implica a su vez, cumplir con ciertos requisitos mínimos de justicia social. De ahí pues la necesidad de apuntalar o compatibilizar ambos objetivos. Más aún cuando se comprueba que la política económica puede tener efectos regresivos -los ajustes antes la crisis también generan desempleo y marginalidad-y esta situación podría neutralizar los posibles efectos distributivos de una política específicamente social.

De ahí que, un enfoque integrado hace hincapié en la necesidad de que tanto la política económica como la social tengan por objetivos explícitos al crecimiento con equidad y la atención esté puesta en los recursos humanos, en la gente. Pero de hecho, nada asegura en principio que el crecimiento conduzca a la equidad. Por lo tanto, la relación precisa entre ambos dependerá fundamentalmente de las políticas que se diseñen e implementen. Esto significa entre otras, establecer prioridades y políticas diferenciadas.

Como se sabe el tema mujer se vincula desde tiempo atrás al desarrollo:

En primer lugar, al constatarse de que el crecimiento demográfico tiene efectos negativos sobre el crecimiento económico. Por ejemplo, incrementa el gasto social en servicios, o pone en tela de juicio la capacidad del sistema en absorber la fuerza laboral creciente.

En segundo lugar, al verificarse que lejos de lo previsto, el crecimiento no es un proceso lineal al que se accede por una única vía rápida ni el progreso se filtra automáticamente desde arriba hacia abajo. De ahí la preocupación por la calidad de vida, los recursos humanos y esto conduce a la adopción de estrategias como las de necesidades básicas y a priorizar a los marginados del progreso.

Pero el desarrollo social corre hoy el riesgo de convertirse en lema "vedette". Vivimos tiempos en que fácilmente las palabras se banalizan y las intenciones se neutralizan. Decisiones aparentemente loables pueden contribuir al *caos*, más que resolverlos. Pienso en ese nuevo ente llamado Consejo de Coordinación del Desarrollo Social, creado al calor de los acontecimientos y a través del cual, se busca la participación improvisada de prácticamente todas las fuerzas vivas, públicas y privada, haciendo del mismo un espacio demasiado heterogéneo, y paradójicamente amorfo, como para que resulte operativo y viable. A lo sumo una instancia de esta naturaleza podría constituirse en un foro de opinión y en el mejor de los casos, en un foro de presión para el esclarecimiento de actos y hechos.

Qué casualidad, es justamente cuando el proceso de desarrollo rural está en jaque que se opta (a nivel del discurso al menos) por el desarrollo social, concepto más abarcativo y quizás, por lo mismo más ambiguo, menos comprometedor para cierta gente.

Pero si desarrollo social puede ser para algunos algo difuso en términos conceptuales, para muchos seguirá exigiendo en la práctica: el combate a la pobreza, mecanismos redistribución de riquezas y oportunidades; gente informada, más instruida y sana, capaz de ejercer sus derechos; un gobierno menos corrupto, más transparente, eficiente y descentralizado, una economía más dinámica que logre absorber la demanda de empleo así como los costos de una mayor productividad y atención a la cuestión ambiental.

Las tareas son pues enormes y colocan sobre el tapete muchas otras cuestiones como planear y programar en base a la concertación y participación, y quizás a través de ello incidir en las reformas institucionales, para un mejor manejo de la *cosa pública*. La presión desde abajo puede obrar milagros, a veces. Pero desde arriba, sólo un Estado social de derecho podrá garantizar reglas de juego transparentes y orientaciones precisas para enfrentar los reclamos ciudadanos y realizar los cambios necesarios para un reordenamiento social, que tanta falta hacen.

El desarrollo social al igual que el desarrollo humano pone énfasis en la inversión en la gente pero ya no se reduce a una simple cuestión de necesidades básicas. El desarrollo para la gente y por la gente implica contribuir a generar todo tipo de oportunidades, no sólo económicas, y mucha participación para defender y llevar a cabo ciertas opciones. Todos estos aspectos serán difíciles de cuantificar pero, al menos, nos obligan a rever nuestras prácticas comenzando por casa, revisar métodos, normas y procedimientos, así como cuestionar las orientaciones de las políticas vigentes.

En circunstancias difíciles marcadas por el resquebrajamiento de las mediaciones políticas tradicionales, por la crisis en sus diferentes facetas, por orientaciones erráticas en materia de políticas de desarrollo, considero que las ONG estamos contribuyendo al diagnóstico de los males. Hemos indagado y experimentado con nuevos métodos, prácticas y saberes. Pero siempre queda la duda de si lograremos situarnos a la altura de circunstancias cambiantes, constituirnos en una alternativa o complemento de iniciativas que emergen en el terreno público o, el de la sociedad civil y de los movimientos sociales.

Ante la reactivación y mayor acierto en los reclamos de amplios sectores sociales, uno de los grandes desafíos consiste contribuir a gestar propuestas concretas y viables, readecuar y afinar recetas que han sido puestas a prueba en otros contextos, potenciar la cooperación internacional, priorizar la cuestión de los recursos humanos respetando diferencias y especialismos, en fin, profesionalizarnos y coordinar esfuerzos.

Sólo así podríamos desde las ONG incidir en la redefinición de políticas, en la ejecución eficiente de programas y proyectos, en la asesoría y acompañamiento adecuado a la gente y esto en todo nivel: barrial/comunitario, municipal/regional o a nivel de la sociedad en su conjunto. Resulta preocupante que se desperdicien oportunidades o que se pierda o se dilate el acceso a los (escasos) recursos disponibles, por ausencia de propuestas, por incapacidad de definir nosotras, las ONG y ya no sólo el Estado, el modo cómo operar, legitimarnos y proyectarnos.

Vivimos tiempos difíciles pero sumamente cuestionadores y desafiantes. Las ideologías se transforman, mueren o reviven pero al operar al desnudo, son puestas constantemente a prueba por los hechos y la misma crítica. También, la complejidad de los procesos impone el rescate del sentido común, el pragmatismo, que nos obliga a concentrar los esfuerzos en el "aquí y ahora", sin perder de vista las cuestiones de fondo, más estructurales. La autocrítica se vuelve una necesidad saludable, que nos permite identificar y corregir las fallas, cuestionar nuestros modos de relacionamiento, redefinir prioridades. Algo que nos caracteriza a las ONG, es nuestro compromiso social, con la gente, y esto nos exige ser cada vez más efectivos en nuestra labor. Por todo esto, hoy aplaudimos la emergencia de una nueva institución como PROMUR.

Y les deseamos mucha suerte.